

De los libros de texto y la lectura

Inmaculada Egüés Oroz

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

RESUMEN

Nos ocupamos en este trabajo de la iniciación a la lectura en Primaria, señalando la inconveniencia de que no se contemple tal actividad como placer y medio de descubrir el mundo, sino como obligación, lo que frecuentemente produce un rechazo por parte de los jóvenes lectores. Incidimos también en el excesivo protagonismo de las empresas editoriales a la hora de seleccionar los materiales para la enseñanza, en detrimento de la toma de decisiones por parte del profesorado, aspecto que sin embargo aparece claramente subrayado por la LOGSE.

ABSTRACT

This paper deals with reading practice in Primary Education. As a pedagogical activity, its main objective should be giving the reader some aesthetic pleasure as well as a means of discovering the world: otherwise, such practice would not be motivating enough for young children. We also provide with some reflexions about the inconvenience of some editing houses (and not the teachers themselves) taking important decisions concerning teaching materials to be used in class.

I. El lector completa la obra

La lectura ha sido, es y será una de las actividades más profundas e interactivas que puede llevar a cabo la persona. Sorprende la capacidad creativa del ser humano para atravesar con la imaginación la frontera de la realidad y entrar en el mundo de la fantasía y a la vez confirma la nueva dimensión que se abre frente a quien tiene un libro en las manos; y nos asombramos cuando vemos que hay personas imposibilitadas para gozar de esta dimensión a causa de las dificultades para la comprensión del lenguaje escrito.

No hay más que ver la alegría que sienten las personas que, por primera vez, son capaces de relacionar lo que dicen y lo que oyen, o el significado de las palabras con el significante; los que hemos visto la reacción que tienen estas personas cuando se ven capaces de explicar la imagen conceptual de su propia existencia, a través de los significantes, sabemos la importancia que tiene para todos ellos el haber conseguido por fin leer, entender, descifrar o escribir un texto. Los que hemos vivido esta experiencia, hemos sido testigos del gozo profundo que estas personas experimentan con su primera lectura.

A partir de aquí, comienza para ellos y ellas, ya sean niños/as o adultos/as, un mundo nuevo, se sitúan en una plataforma superior que les proporciona la posibilidad no sólo de la comunicación hablada sino la comunicación a través de unos signos (significantes) escritos que para ellos habían sido, hasta entonces, trazos sin contenido.

Superar la barrera del desconocimiento de los significantes y entenderlos como medio de expresión y comunicación provoca en estas personas un dinamismo intelecto-mental que les facilita la entrada en un mundo hasta ese momento para ellos inaccesible, lo cual les hace aumentar su autoestima crecen en conocimientos y se cumple una vez más el principio de que *“el lector es el artista en que se completa la obra”*¹.

Quien tiene la experiencia del descubrimiento que supone para un «analfabeto gráfico», sobre todo si es adulto, el percatarse de su capacidad de aprehensión del mundo que le rodea y expresión de su propio mundo, a través de la lectura y la escritura, no la olvidará jamás.

II. Del placer a la obligación

Sin embargo -y esto es la otra cara de la moneda de esta experiencia- surge el problema cuando por las circunstancias que trataré de expresar esta alegría

1 EMILIO del RIO *«La aventura de escribir»* Ed. Inst. Pontf. San Pio X, Salamanca 1976. Pág. 182.

pronto se convierte en una monotonía obligada. La experiencia nos dice que una vez adquiridas las técnicas que hacen posible la lectura, estos iniciados se ven inmersos -y en este momento aludo más a los alumnos y alumnas de las escuelas de primaria- en un mundo de libros que apenas tiene nada que ver con su experiencia personal y menos, muchas veces, con sus intereses; me refiero a los libros de texto.

Se ve con absurda naturalidad que las editoriales elaboren los libros que todos conocemos para niños y niñas de seis años cuando todavía la mayoría está empezando a leer. Se observa con fría lógica que el primer día de clase acudan estos alumnos y alumnas a la escuela portando su lote de libros con la misma ingenuidad y alegría de quien porta un balón de fútbol o un pequeño juguete electrónico. Y ciertamente si estos utensilios de trabajo -los libros- al principio pueden generar alguna curiosidad en el alumnado, pronto se convierten en algo de obligado aprendizaje. Y desde que la experiencia «obligación de aprender» sea captada por el alumnado empieza a generarse la dificultad.

Los libros de texto pertenecen, a mi modo de ver, a un género de difícil elaboración. Son libros que deben registrar en sus páginas todos aquellos contenidos, reflexiones, actividades, gráficos, ilustraciones, sugerencias, alternativas, etc., de un nivel concreto y que «por ley» deben ser obligatoriamente trabajados o «enseñados» por el maestro/a y a su vez “aprendidos” o aprehendidos por los alumnos y alumnas en la escuela.

Las editoriales trabajan incansablemente por conseguir plasmar gráficamente lo prescrito y entran en la lucha de presentar con mayor o menor acierto, con mejor o peor calidad, con más o menos dinamismo, todos aquellos contenidos, ideas, sugerencias, ejercicios que, inapelablemente deberá leer, entender, estudiar, memorizar y también demostrar -en su momento- que domina un/a escolar.

III. Un reto al estudiante y un reto al maestro

Esto hace que los libros de texto sean no sólo más o menos complicados en su elaboración sino que, “per se” son libros que de alguna manera, lanzan un reto a los escolares, suscitan por sí mismos un desafío al estudiantado, son libros que originan una competencia, en muchos casos, bastante desleal en quienes, como compañero inseparable, los trabajan durante un curso.

¿Quién puede negar que la «superioridad» de los libros de texto frente al alumnado, cada año al principio de curso, es una provocación que, en algunas ocasiones, puede terminar en un rechazo al libro y por tanto a la lectura en general?

También es cierto que, en otros casos, los mismos libros suscitan una curiosidad en el/la estudiante que termina en una convergencia de conocimientos y en un grado de complicidad amistosa y satisfactoria con sus páginas, lo cual hace que su propietario los guarde con cariño y les busque un lugar adecuado en su biblioteca estudiantil.

Obviamente de lo dicho hasta aquí ya surgen varias cuestiones, algunas como estas:

¿Cuántas personas son hoy buenos aficionados a la lectura gracias a las «bondades» de los libros de texto? y, ¿cuántos serían hoy lectores y lectoras empedernidos/as si en su etapa escolar no hubieran rechazado los libros de texto?

Con la nueva Ley de Educación (LOGSE), parecía haberse abierto la posibilidad de experimentar un sistema de acercamiento a los conocimientos sin pasar, necesariamente, por los libros de texto. Alguna tímida experiencia podría recogerse en este campo. No obstante, sin entrar en análisis de intereses editoriales o de incapacidades o comodidades profesionales, se observa que muchos abogan por la tranquilidad de un texto, como punto de partida para el buen desarrollo de su trabajo, aunque después la práctica nos haga ver, como ya se ha afirmado, que se convierte en el medio exclusivamente utilizado cuando el profesor desempeña su tarea deficientemente *«los libros de texto son un instrumento más para los alumnos y el profesor, puede también convertirse en el medio único dependiendo del enfoque de la clase y de la importancia que se le asigne, incluso puede llegar a ser el protagonista de la educación cuándo el profesor es mediocre y no funciona»*², pero no es precisamente esto último lo que pretende la Ley cuando propone la posibilidad del «currículo abierto». Desde este punto de vista, se entiende que es un reto también para el maestro.

IV. ¿Pedagogía o arte?

Una cosa más hay que agregar todavía, y es que las pocas o muchas obras de literatura que se conocen en la etapa infantil y la adolescencia suelen ser de obligada lectura por expreso requerimiento del profesor o profesora de Lengua y Literatura en la etapa escolar. De nuevo, lo que podría haber sido un placer se convierte en una obligación.

La mayoría de las obras que leen los escolares responden a la llamada «Literatura Infantil», rótulo que cuando tratamos de definir minimiza, en algunas ocasiones, el concepto de Literatura y nos embarca de nuevo en un vaivén de ideas no muy claras y harto ambiguas.

2 M. ALVAREZ, *Organización y Renovación escolar* Ed. Popular. Madrid 1984. Pág. 61

No negamos la existencia de una literatura expresa para niños/as y adolescentes. Haciéndonos eco de las palabras de Amando López Valero «*encontramos un género especial muy maltratado, hasta ahora, y es la Literatura Infantil, la cual tiene unas características propias que la diferencian de otros géneros*»³. Sin embargo, constatamos que la literatura en la etapa escolar ha sido utilizada más como medio pedagógico que como arte, y si es cierto que la literatura puede encerrar en sí misma la cualidad o el atributo de lo pedagógico, no la podemos reducir a sólo eso. Podríamos decir que lo pedagógico más que un objetivo en sí mismo es una consecuencia.

Leer lleva consigo gusto, placer, deseo de entablar un diálogo con nuestro interlocutor materializado en un libro, en unas páginas llenas de comunicación, aventuras, experiencias, información detallada y rítmica, relación de frases, ideas, sentimientos y hasta proyecciones personales, con las que el lector, si así lo desea, se implica, creando y recreándose en un mundo real y fantástico a la vez.

En algunas propuestas, leer lleva consigo, en un momento dado, la acción de los lectores y lectoras que se lanzan a la búsqueda de los personajes o monstruos de su cuento o la realización de una historia paralela, o la creación de ambientes en los que el cuento o la historia se desarrolla, esto hace a la lectura intrapersonal e interpersonal, hace al lector activo y creativo, y siempre lleva consigo una buena dosis de aprendizaje y comunicación.

Sin embargo el/la niño/a en la escuela, la mayoría de las veces, está sometido a «*una lectura funcional, una lectura trabajo o informativa, que corresponde con el modelo teórico de la información entre emisor y receptor y que discurre siempre en un sentido único*»⁴. Este sometimiento, desde nuestro punto de vista, tampoco favorece la afición a la lectura.

Encuestado un grupo de chicos y chicas⁵ sobre sus preferencias lectoras se pudo constatar, además del poco tiempo que dedicaban a la lectura, la fría correspondencia entre sus intereses y los libros leídos. El 30% manifestó mayor interés por los libros de aventuras -algo lógico a estas edades- y efectivamente los libros más leídos por ellos y ellas eran los de aventuras. No obstante el poco interés de los alumnos/as por la lectura estaba evidenciado por el escaso tiempo que dedicaban a leer. La propia dispersión que se produjo en las respuestas relativas a sus preferencias (tantos por ciento muy bajos en todas las preferencias) dejó clara la falta de interés y la mínima afición lectora.

3 «En torno a la Literatura Infantil». Revista *Campus*. Universidad de Murcia, 1989.

4 FELICIDAD ORQUÍÑ «La madrastra pedagógica». *Cuadernos de Pedagogía* n° 90.

5 Encuesta realizada por la autora a un grupo de 8º curso de E.G.B. Colegio San José, Dominicas. Las Palmas de Gran Canaria, 1996.

Preguntados por qué leen estos libros, la respuesta generalizada no fue «me gustan» sino «me obligan a leer en clase». Bien es cierto también que preguntado el profesorado por las razones de la imposición obtuvimos la respuesta en la doble dimensión: por un lado exigencias curriculares, por otro, los alumnos/as no leen si no se les obliga y a veces ni siquiera cumplen con lo obligado.

El problema está servido, la falta de interés por la lectura permanece aún cuando la propuesta lectora sea de su agrado. Estamos absolutamente de acuerdo con Felicidad Orquín cuando dice que «la *lectura-placer; leer literatura, exige pues, un aprendizaje distinto; pero exige, además, unas condiciones de libre elección y gratuidad que se oponen frontalmente a la actual utilización, en demasiados casos, de la literatura infantil como pretexto para impartir conocimientos amenamente*»⁶.

No obstante la libre elección, a nuestra manera de ver, no resuelve el problema. Y si bien el gusto por la lectura es algo que puede adquirirse y debe adquirirse en los primeros años de la vida difícilmente se conseguirá si no se organiza una buena estrategia -que compita con la televisión, la informática y otros medios audiovisuales- a fin de conseguir el objetivo. Mucho menos se conseguirá si el lector, la lectora se ve obligado/a a la lectura de unos determinados títulos que nada o poco tengan que ver con la realidad que ellos y ellas viven.

Si a esto agregamos la serie de actividades (hacer un resumen, contestar un cuestionario, escribir una opinión o participar en un debate) que tienen que hacer de cada libro que leen con la consiguiente valoración evaluativa, difícilmente vamos a conseguir lectores.

V. El lenguaje, un desafío

Otra observación que nos parece pertinente. Sin hacer una examen exhaustivo del lenguaje utilizado en los libros de texto fácilmente surge la pregunta ¿hasta que punto el lenguaje de los libros de texto se corresponde primero, con el lenguaje habitual que utilizan los/las alumnos/as, segundo, con el lenguaje utilizado habitualmente por los autores y autoras en los libros llamados de Literatura Infantil y en tercer lugar con el léxico que la Ley de Educación LOGSE utiliza y plantea en la Reforma?

La Reforma utiliza un cúmulo de expresiones para significar y expresar contenidos que hace preguntarse si quienes la plasmaron por escrito adoptaron la «estrategia» de la expresión de ideas en dinámica circular. Ya nos hemos acostumbrado a oír hablar del «espacio lúdico» en vez de patio de recreo. Después

⁶ Ibid

de eliminar el latín de los planes de estudio se dice «*programación de los currícula*» en lugar de programa de estudios; se crean «*equipos multiprofesionales*» refiriéndose al pedagogo y al psicólogo; «*contenidos conceptuales, procedimentales, y actitudinales*» haciendo relación a la programación y aprendizaje de un tema. En fin, los nuevos términos que la mayoría de las veces especifican y aclaran pero que otras resultan bastante ambiguos. La LOGSE es una ley que encierra valores innegables pero también es cierto que los tecnicismos y las burocracias pueden generar algunos problemas que afecten a su eficacia.

VI. Prerrogativa en desuso

La LOGSE ha situado al educador como orientador o árbitro de la realidad educativa. Le ha dado nuevas competencias en la elaboración del currículo pero le exige también nuevas responsabilidades. El profesorado tiene la prerrogativa de poder elaborar los materiales de acuerdo a la realidad en la que va a desarrollar su actividad educativa, pero no por ello ha desaparecido el peligro de acomodarse a las alternativas de quienes están interesados en que sus propuestas curriculares sean aceptadas: las editoriales. Tales propuestas hacen desaparecer algunas de las muchas incertidumbres que rodean al enseñante. Generalmente los profesores y profesoras saben que las editoriales disponen de un buen elenco de pedagogos y otros técnicos que son los que planifican y orientan, de acuerdo a las exigencias ministeriales, los libros de texto. No es difícil, por tanto, que los enseñantes entreguen su confianza a las editoriales sin ninguna reserva, máxime si se tiene en cuenta que disponen de toda la libertad para elegir entre varias propuestas editoriales, la que más les guste.

Ahora bien, esta entrega de confianza que hacen los enseñantes a las editoriales, ¿a qué nos conduce? Esta sería la respuesta clave que tendríamos que encontrar entre todos para después reconducir la praxis «*búsqueda y elaboración de textos*» por caminos nuevos.

Hasta ahora son prácticamente las editoriales quienes hacen ese trabajo por los profesionales de la enseñanza. Tal vez si esto cambiara y cada departamento elaborara siquiera algunos textos de los utilizados, la escuela saldría beneficiada y los escolares, más motivados, recibirían más que una instrucción una capacitación para la vida.

Ya se sabe que la motivación no es una cuestión de varita mágica. La mayoría de los docentes buscan y rebuscan cómo aumentar la capacidad y el interés del alumnado para su mayor implicación en el aprendizaje. Tienen claro que esto es tarea suya. No obstante, y si bien es cierto que la investigación ofrece nuevas didácticas que posibilitan el trabajo y estimulan la motivación, sigue siendo un campo difícil.

También las editoriales, hacen en esto sus esfuerzos y refuerzan los textos con variado colorido y creatividad. Así disponemos de libros con hermosos gráficos y dibujos a todo color. Y, si bien es verdad que ayudan, no parece que se resuelva el problema. La aceptación de los contenidos no parece que vaya sólo por el colorido de los dibujos y gráficos que los ilustran. Algo más debe influir en la respuesta que dan los estudiantes en la escuela frente a los libros de texto.

Es bien sabido que una de las tareas más difíciles es la del enseñante. Se dice que es una de las profesiones que más preocupaciones, cansancios e incluso depresiones genera. Pero bien es verdad también que no por eso deja de ser una de las actividades más apasionantes.

La educación es una cuestión difícil que en primer lugar atañe a la familia, después a la escuela como uno de los lugares que el educando frecuenta y en la que pasa largas horas de su vida con otros compañeros/as. Esto exige un trabajo conjunto. Sin embargo en la actualidad, por parte de la familia, parece haberse perdido la confianza en el profesorado y a su vez el profesorado no parece esperar demasiado refuerzo, en su trabajo, de la familia. Ambas instituciones tratan de mantener su función aun cuando el deterioro de relaciones lleva a las mismas, muchas veces, a la no colaboración e incluso a la contradicción.

Nadie duda que la escuela (el profesorado) lucha esforzadamente por la búsqueda de alternativas que respondan con más adecuación a las necesidades y características de los alumnos y alumnas de hoy. Pero hay una cuestión, que a mi modo de ver es urgente y es, como hemos venido diciendo, la de llevar a cabo la revisión y nuevo planteamiento de los libros de texto y la lectura en la Escuela.

Sólo así se podría, tal vez, evitar lo ya anunciado por Francisco Umbral ⁷, *«Quiero dejar aviso de lo que está pasando, la muerte de los libros»*.

⁷ Discurso pronunciado en la entrega de premios "Príncipe de Asturias". Oviedo, 1996.